



la Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
DIRIGIDA POR
D. ALFONSO ENRIQUE OLLERO.

NICOLÁS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

EL CONDE DE CAMPOMANES

Pedro Rodríguez, conde de Campomanes, nació en Asturias en 1.º de Julio de 1723 y murió en 1802. Fué un célebre jurisconsulto, anticuario, economista y magistrado español. Desde su juventud se dedicó con celo infatigable á toda clase de estudios. En once años que ejerció la profesion de abogado, cobró gran fama. Era versado en el griego y en el árabe, y el marqués de la Ensenada le designó con uno de los cuatro literatos que pensaba dedicar á escritores públicos. En 1748 fué admitido en la Academia de



El conde de Campomanes.

la Historia. Fiscal en el Consejo de Castilla, brilló siempre por sus talentos y elocuencia; gobernador despues del mismo Consejo, sentado á la cabeza del primer tribunal de la nacion, dió nuevas pruebas de sus vastos conocimientos y de su patriotismo; promovió importantes reformas, y autor de muchas obras en diversos géneros, adquirió por su mérito literario gran nombradía. El *Tratado de la regalia de amortizacion* es, entre otras, una de las obras que le ha dado justa fama en toda Europa. Fué para España lo que Bacon para Inglaterra, Hospital y D'Aguesseau para Francia.

LA TERNERITA

El señor de Lozano era un caballero extremeño, padre de Pepito y Clementina, que eran dos niños encantadores. Estos un día fueron agradablemente sorprendidos al hallar en el corral de su casa una preciosa ternерita que su padre había comprado.

—¡Ay, papá, qué bonita es! exclamaron los niños; ¡qué gusto nos dá el verla! ¡Cuánto vamos ahora á jugar con ella!

El padre, sonriente, gozaba á su vez no poco con la alegría de sus hijos. Clementina fué corriendo por un poquito de pan para convidar á su nueva amiga; y Pepito abrazaba al manso animal, y no cesaba de manosearlo con las más ingenuas demostraciones de su infantil agrado. Durante dos días todo siguió bien; los niños tan contentos, faltándoles siempre tiempo para jugar con su ternera, y ésta por su parte demostraba su gratitud lamiendo las manos de los niños después de haber gustado las golosinas que le daban. Al tercer día, empero, una terrible nueva vino de repente á llenar de aflicción á las dos criaturas. Se acercaba el día de la matanza, y la pobre ternera era una de las víctimas destinadas al sacrificio.

—No, papá; no, papá, que no la maten, decían los niños con los ojos llenos de lágrimas; y tanto el triste caso les impresionaba, y de tal modo los angelitos pedían perdón para la desventurada ternерita, que conmovido también el señor de Lozano, después de reflexionar un momento, les dijo:

—Bien está, hijos míos; vosotros no queréis que mande matar la ternera que he comprado, con el objeto de proporcionaros á vosotros y á toda la familia un alimento que nos es necesario todo el año. Si no la mato, yo necesito para hacer la cecina sustituir su carne por la de otro animal para mezclarla con la de los cerdos. Ahora bien; tú, Pepito, tienes en tu hucha dinero guardado para comprar un velocípedo; y tú, Clementina, tienes también tu hucha destinada á la adquisición de un vestido; si tanto interés os tomáis por la vida de esa ternera, dadme vuestro dinero para que yo compre con él las carnes que necesitamos.

—Yo quería el velocípedo, objetó Pepito, asaz contrariado y mohino.

—Y yo mi vestidito de color de rosa,

añadió la niña haciendo pucherós con su boquita sonrosada.

—Pues bien, les dijo su padre; quedaos, enhorabuena, con el dinero de vuestras huchas, pero no con la ternera, que matarán esta tarde, puesto que vuestra piedad por ese animal es tan poca y el afecto que le teniais tan poco hondo, que consentís que muera antes que hacer en su obsequio algún sacrificio; y esto diciendo les volvió la espalda y se alejó.

Los niños quedaron tristes; pero en su duro egoísmo dirigieron una postrera mirada á su ternерita, que sentían mucho ciertamente que la mataran, pero sin duda no tanto que se hallasen dispuestos á redimirla mediante el sacrificio de sus gustos.

Clementina, no obstante, tenía un corazón de ángel, y profundamente compadecida resolvió por fin, después de dos horas de acerba lucha consigo misma y con su hermano, entregar la hucha á su papá. Pepito quería la ternera y el velocípedo, y todos sus esfuerzos se encaminaban á este fin. Su padre se mantuvo firme. Clementina lloraba, y sólo cuando vió Pepito que el carnicero, armado de un ancho y reluciente cuchillo, llegó dispuesto á ejercer su oficio de matador, fué cuando obedeciendo penosamente al impulso de la caridad, entregó su hucha con magnánima abnegación.

Su padre entonces, prendado de sus bellísimos sentimientos, estrechó contra su corazón aquellos hijos, pedazos de su alma, y en premio de tan noble como generosa acción, devolvió á cada uno su hucha, les regaló después un magnífico velocípedo y un precioso vestido, quedando la ternera formando parte, puede decirse, de la misma familia.

Nada desde entonces más frecuente que ver á la criada de la casa con el brazo cariñosamente tendido sobre el cuerpo de la ternерita, mientras los dos niños le daban con sus manos pedacitos de pan con sal, frutas y todos los convites que buenamente podían ofrecerle. ¡Qué noble corazón revela, qué dulce natural y qué acción tan bella y seductora es acariciar así y defender á los pobres animales!

¿Queréis saber, queridos niños, cómo pagan ellos los beneficios que se les hacen? Pues oid. Pasado algún tiempo, Pepito se hizo un hombrecito, y la ternera una her-

mosa vaca. Pepito tuvo una grave enfermedad, y se moría de languidez y enflaquecimiento. La vaca fué entonces quien con su fresca, abundante y blanca leche restableció sus fuerzas perdidas, dió vigor á su naturaleza y le salvó la vida. De este modo y en la misma moneda pagó la vaca al joven Pepe el grande servicio que el niño Pepito había hecho en otro tiempo á la desvalida ternerita.

ALFONSO E. OLLERO.

EL NIÑO INDEPENDIENTE

Continuacion (1).

Cuando Ové conoció la decision de los dos hermanos, manifestó un gran júbilo, como asimismo el resto de la tribu; se sirvió de nuevo *occicon*, y la orgía continuó hasta que todos cayeron tendidos sobre la esterilla de junco que servía de mantel.

IV.

Cuando Francisco y Pablo se despertaron á la mañana siguiente, era ya tarde. Les costó trabajo reponerse; pero despues de haber reunido sus ideas recordaron todo lo sucedido. Espantados de su escapatoria corrieron á la playa, creyendo que habrian enviado alguna lancha en busca suya, pero vieron con asombro que la fragata no estaba allí.

Una tempestad que hubo aquella noche la obligó á alejarse. El capitan Livel quiso durante algunos dias arribar á la isla, sin poderlo conseguir por el estado del mar; y al fin, temiendo comprometer *La Felicidad* si prolongaba su estancia en aquellas aguas, pensó desde luego que era demasiado tarde para llevar socorro á los dos hermanos, que habrian sin duda perecido por su imprudencia, y se decidió á continuar su ruta.

Esta fué desde luego para ellos una cruel contrariedad, pues á pesar de la resolucion tomada algunos dias antes bajo la influencia del *occicon* y las promesas hechas á Ové, no podian acostumbrarse á la idea de no volver más á Francia.

Sin embargo, pasado el primer dolor, Francisco tomó valerosamente su partido. Habia en esta naturaleza indomable una energía y una elasticidad que la ponía en estado de soportar todos los reveses. Así fué que trató él mismo de persuadirse que habia sido mejor lo sucedido.

—Concluyamos, dijo á Pablo, que tenia la cabeza baja y el corazon oprimido; nosotros no podíamos vivir más tiempo á bordo. El capitan era un tirano y el patron Floch un bruto, á quien yo hubiera concluido por dar de puntapiés. Aquí viviremos á nuestro antojo y nos indemnizaremos del pasado.

(1) Véase la pág. 342.

Acuérdate de lo que te tengo dicho, Pablo, yo quiero ser independiente.

—Seamos, pues, independientes, exclamó tristemente el jorobado.

Y se volvieron al *carbet* del jefe Ové.

Francisco le declaró que querian entrar en su tribu y ser su amigo, como lo habia sido antes Daniel.

—Muy bien; uno de nuestros hermanos se ha hecho hoy justamente guerrero, dijo Ové, y nuestros amigos blancos podrán ver las condiciones de admision que tiene la tribu de los *caroucas*.

Juan y Pablo se miraron.

—Temo, dijo Pablo á media voz, que nos hagan dejar nuestros pantalones, como aquí no los gastan.

—En este caso no tardariamos en dejarlos á ellos tambien, objetó Juan Francisco.

—Querrán pintarnos con aceite, segun su costumbre.

—Esto nos preservará de los mosquitos.

—Desde luego, replicó Ové que los habia escuchado, no es preciso que un *caroucas* gaste pantalones, ni reconozca á su hermano en la manera con que esté pintado.

—Sea, murmuró Pablo; pero yo hubiera preferido que la independendencia salvaje nos permitiera al ménos llevar nuestros vestidos.

La tribu se reunió, y el joven que se presentaba para ser recibido entre los guerreros fué llevado, sentándose en tierra, en medio de la asamblea.

Su padre se aproximó y le hizo un largo discurso, en el cual le exhortaba á combatir valerosamente al enemigo, á soportar todos los dolores con paciencia, á fin de probar que era un verdadero *caroucas*; despues, tomando un *mancefenil*, golpeó á su hijo hasta que la cabeza del pájaro de rapiña se destrozó contra la del joven. Entonces, armándose de un instrumento cortante, le cortó la piel en todos sentidos, frota las heridas con el *mancefenil*, que habian molido, mezclándole con jugo de pimienta, y concluyó por fin haciéndole comer el corazon del pájaro.

El joven salvaje habia soportado estas angustiosas torturas sin exhalar una queja, y fué en seguida depositado en el lecho de algodón, donde su padre anunció que ayunaria cinco dias. Al cabo de este tiempo debia ser declarado guerrero y digno de cazar y de combatir con los *caroucas*.

Los dos hermanos presenciaron esta cruel ceremonia con una curiosidad mezclada de espanto y de piedad: cuando hubo terminado.

—Ya han visto mis hermanos blancos la ceremonia, dijo Ové lentamente.

—¿Y no se puede sin estas pruebas formar parte de vuestra tribu? preguntó Juan Francisco.

—No, replicó el jefe; pues ellas nos demuestran y aseguran el valor de los jóve-

nes; los cobardes no pueden jamás ser *caroucas*.

—Yo hubiera aceptado la pintura á guisa de pantalones, murmuró Pablo; pero hacer cortar mi joroba como un bordado para meterla en esa salsa picante... eso es mil veces peor que el gato de las nueve colas del patron Floch y que los latines de Mr. Jaune.

Juan Francisco no respondió; pero se había quedado pensativo.

Los dos hermanos tomaron poca parte en la fiesta dada por los parientes del jóven que acababa de ser recibido guerrero, procurando pronto hallarse solos.

—Nosotros no nos quedamos entre estos brutos, Pablito, dijo Juan Francisco. Yo veo

ahora que en todas partes es lo mismo; en el colegio teníamos el endiablado latin, á bordo los golpes de la garceta, aquí las cordaduras y frotamientos de pimenton; por todas partes donde los hombres están reunidos es preciso sufrir la tiranía del más fuerte: salvémonos en los bosques, Pablito. La tierra, el cielo y el agua nos surtirán de lo que necesitamos para la vida salvaje. ¡Al diablo con su tribu! Vivamos sólo para ser independientes.

Pablo tenia demasiado apego á su piel para no agradecerle este consejo; así, aprovechando la embriaguez de los *caroucas*, dejaron el valle aquella misma noche.

Franquearon largas cordilleras de coli-



La ternerita.

nas, atravesaron muchos valles, y llegaron al fin, despues de muchos días, á un terreno vasto y elevado, desde donde se descubria la isla entera, como asimismo la mar que la rodeaba. Este sitio estaba cubierto de árboles llenos de frutos, atravesándole un arroyuelo, en cuyas riberas crecian sin cultivarlas las batatas y la yuca.

Los dos hermanos pensaron que no podian hallar un sitio más conveniente, y empezaron á recoger ramas secas y hojas de latánero para construir un *carbet* que les pusiera al abrigo de la intemperie.

Formaron su lecho, hundiendo en el suelo cuatro pinos, como habian visto hacer á

los *caroucas*, y les entrelazaron una estera tejida con un trenzado de cortezas de mahot, cubriendo de follaje y de algodón esta tosca trama.

Se fabricaron en seguida arcos de palmito y flechas de bambú armadas de un fuerte arete de pescado; pero necesitaron mucho tiempo antes de poder servirse de ellas con destreza en la caza de los pájaros.

Afortunadamente, con la pesca, la fruta y las raíces arrancadas á la tierra les era bastante para su sustento.

(Se concluirá.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

VOTOS Y SUEÑOS DE LOS INDIOS.

Los indios creen que debe suceder lo que suñen. Durante la guerra de la Independencia de América, sir Johnson, encargado de celebrar un tratado de alianza con una tribu indiana, recibió la visita de uno de los jefes, que le dijo: — Señor, he soñado esta noche que me daríais el traje bordado que lleváis los días de ceremonia. — Sir Johnson no se atrevió a contrariar esta demanda; pero resolvió interiormente tomar la revancha, como se dice vulgarmente. Algunos días después, enseñándole al jefe de la tribu una hermosa posesión que tenía, le dijo Johnson: — Hombre, precisamente esta noche pasada he soñado que me la ibas a regalar. — El vanidoso jefe, que había querido engalanarse con un hermoso traje, se vio cogido en las mismas redes que había empleado, bregó la cabeza con aire resignado, y respondió: — La tendrás, sir Johnson; pero creo que sería útil para entrambos que guardáramos el secreto de nuestros sueños.

Cierta día escuchaba un indio predicar a un sacerdote protestante que decía: — Es preciso que cumpláis siempre cuantas promesas hayáis hecho a Dios. — Se dirigió después del sermón a casa del predicador, diciéndole: Padre, he hecho voto de vivir en vuestra casa. El ministro después de quedar sorprendido, le replicó: Bien, pues es preciso que cumpláis el voto. — Continúa el indio: — Pero es que además tengo prometido cenar con V.; lo cual le fue concedido igualmente. Al concluir la cena, añadió el indio:

Tengo también prometido pasar las noches aquí. — El sacerdote que no acertaba a ver el fin de tantas exigencias, le dijo para concluir: — Será verdad, querido, pero he hecho promesa de que mañana es despidiré de casa para no volver a admitir más. — El indio comprendió la gravedad de la contestación, y tuvo que consentir en ello sin murmurar.

EL AMANECER

La aurora difunde
su luz indecisa,
suspira la brisa,
y el sueño sacude la cándida flor.
Su cáliz abriendo
de aromas tesoro,
las trenzas de oro
perfuma amorosa del vívido sol.

Las corolas virginales
tiernas flores desplegadas,
que el sol viene a saluarnos
con su beso paternal.

Las ondas del lago
se rizan suaves,
trinando las aves
los ecos del bosque murmuran de amor.
El mar brinda al día
su lecho de espumas,
y bordan las brumas
del éter tranquilo la azul extension.

Por Oriente el sol asoma,
bellas Ninfas, á dormir,
desde el fondo de los lagos
sus destellos recibid.

ENRIQUE G. BEDMAR.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

Ya habían andado largo trecho de camino, José delante, su hijo detrás, cuando éste oyó un grito y el ruido de un cuerpo que cae.

— ¡Padre! gritó con angustia, padre, ¿qué es eso?

Aquel no respondió.

Había tropezado como Juan Perez, como Juan Perez había caído, y del mismo modo que él, no podía contestar ni moverse; pero con mayor desgracia aún, se hallaba en lo hondo de una zanja, de donde le era imposible salir sin auxilio de alguien.

(1) Véase la pág. 344.

—Padre, dijo el jóven acercándose, ¿dónde está V.?

—¡Ah! ¿eres tú? ¿estabas ahí? murmuró José.

—Sí, venia detrás de V. porque...

El jóven no se atrevió á decir la verdad, pero su padre la adivinó demasiado.

—Pruebe V. á levantarse y á ver si logra salir.

—No puedo, respondió Perez con voz medrosa.

—Entonces voy á buscar quien me ayude á sacarle, porque á mí solo me es imposible, y empieza á nevar con mucha fuerza.

Y sin esperar respuesta, echó á correr hacia su casa.

—Hijo, hijo, no te vayas, gritó José con angustiosa voz; no me dejes solo, como yo en este mismo sitio dejé solo y desamparado á mi padre en una noche como esta; hijo, hijo. Pero su voz se apagó entre el mugido del viento.

Entonces una escena horrorosa tuvo lugar en aquel sitio; José, con los cabellos erizados, la respiracion anhelante, lívido, convulso, desencajado, daba voces llamando á su hijo que se alejaba, mientras con los ojos del alma veia acercarse el espectro de su padre rígido, pavoroso, amoratado, con la boca contraída por una extraña y horrible risa.

Haciendo esfuerzos inauditos logró ponerse de pié, y en su afán por salir de aquel sitio se agarraba de las raíces, de las piedras, arrancándose las uñas y haciendo saltar la sangre.

Y como si el horror que le cercaba no fuese bastante aún, se oyó á lo lejos el aullido de los lobos que se acercaban, dejando un rastro negro entre la blanca nieve.

Pronto, muy pronto, se acercaron á José, que pagó con una muerte espantosa un crimen espantoso también.

En cuanto á su hijo, vivió siempre soltero, pues comprendiendo aquel refrán, vulgar, pero cierto, que dice: «Hijo eres, padre serás, lo que tú hicieres contigo harán,» no quiso que sus hijos se avergonzaran de él, dejando de amarlo y honrarle, ni morir en el mismo sitio que su padre y que su abuelo, abandonado, solo y desesperado.

No matar.

Fausto era un jóven pastor, pobre, pero ambicioso y soberbio: no se conformaba con la suerte que le habia tocado en el mundo, porque no tenia fé, ni caridad, ni esperanza, por consiguiente, de hallar en el cielo el premio de sus privaciones sobre la tierra.

Soñando siempre en adquirir oro, pasaba la vida en su miserable choza, guardando sus rebaños y esperando de la casualidad un medio de dejar de ser pobre.

¡A cuántos ¡ay! ha perdido la sed de las riquezas y el afán de salir de la posicion en que nacieron!

Fausto tenia padres: dos buenos ancianos de quien casi vivia separado, pues su oficio de pastor le permitia pocas veces pasar una noche en su casa: sin embargo, los pobres viejos le amaban con una ternura indecible, y todos los dias Diego subia á la sierra á ver á su hijo, á darle su bendicion, y á ayudarle en cuanto sus fuerzas le permitian.

Una tarde lluviosa y fria, Fausto se hallaba solo en su choza, maldiciendo su suerte que le obligaba á permanecer en medio de los campos y sufriendo la intemperie, mientras otros gozaban en el pueblo comodidad y bienestar. Nunca como aquel dia el jóven se habia desesperado con su miseria, y nunca como aquella tarde deseaba salir de tan infeliz estado. De pronto la luz de la llama que ardía á la entrada de su albergue iluminó la figura de un hombre que se detuvo ante el pastor, y le dijo con anhelante voz:

—Jóven, en nombre de Dios, dame asilo en tu choza, que yo pagaré con creces la hospitalidad que me prestes esta noche.

Fausto alzó la cabeza sorprendido, y fijó la vista en aquel hombre. Este era ya anciano, pero su aspecto noble y distinguido revelaba una persona de alta posicion.

Por su parte el desconocido examinaba á su vez al pastor, y viendo que era un niño casi, no le inspiró la menor desconfianza, y le dijo con rapidez:

—Déjame entrar: la lluvia cae á torrentes y necesito guarecerme de ella.

El jóven no respondió; pero se hizo á un lado y dejó pasar al desconocido.

—Hace más de una hora que recorro la sierra, dijo éste, sin encontrar casa ni cabana alguna, hasta que he visto brillar á lo lejos esta llama y he podido dirigirme aquí.

—Estos sitios son muy solos, respondió Fausto, y lo extraño es que V. se encuentre en ellos á estas horas.

—Es que me perseguian, y en mi precipitacion abandoné el camino conocido, y me interné por la sierra: ahora, dime en qué sitio me encuentro, y cuál es el pueblo más inmediato.

—Está V. muy cerca de B... á ménos de una legua.

—Entonces, perfectamente; lo malo es que mi caballo se espantó y me arrojó al suelo, huyendo él no sé por dónde.

—¿Pero quién le persigue á V.?

—Los soldados de la reina.

—Entonces...

—Pertenezco á las tropas del Pretendiente, y mis enemigos han puesto mi cabeza á precio.

Al escuchar estas palabras Fausto se estremeció.

—Afortunadamente, mañana espero reunirme con los míos, si tú quieres ayudarme.

—Yo...

—Sí, puesto que podrás proporcionarme un buen caballo, y que segun dices el pueblo de B... se halla tan cerca.

—¿Un caballo? ¿yo?

—Exactamente.

—Para eso se necesita...

—¿Dinero? gracias á Dios, no me falta ni para eso, ni para recompensarte bien el que me des algo que cenar: estoy muerto de hambre.

Fausto, preocupado en extremo, sacó de su zurrón un pedazo de pan y un poco queso, y lo ofreció á su huésped.

Era ya cerrada la noche, y la lluvia no cesaba.

El desconocido tomó el pan y el queso, y comió con afán.

Después dijo, tendiendo su capa en el interior de la choza:

—Voy á dormir algunas horas: estoy rendido en extremo; aquí no vendrán á buscarme, y en todo caso, á la menor señal de alarma tú me despertarás.

Sin aguardar respuesta se tendió en su improvisado lecho, dando gracias al cielo que le deparaba aquel asilo.

Fausto se quedó en vela pensativo y solo. ¿Solo? no: tenía á su derecha al ángel de su guarda; tenía á su izquierda al espíritu de las tinieblas. El primero, murmuraba á su oído:

—Respeto á ese anciano que confiado duerme junto á tí. La caridad te ordena ampararle, y la caridad es hija de Dios. Vela por él, salva su existencia, y yo escribiré esta buena acción con letras de oro en el libro de tu vida.

Al escuchar estas palabras resonar en el fondo de su alma, la frente de Fausto se despejaba y en su mirada había algo dulce, tranquilo y bondadoso.

Pero en aquel instante la voz del ángel de las tinieblas decía, agitando su corazón:

—Un momento de valor y eres rico. Ese hombre duerme; nadie vendrá á pedirte cuenta de su vida. Estás solo. Él tiene en sus bolsillos el oro que tanto anhelas. Decídetelo y serás rico.

Entonces el serafín encargado de guardar su alma, viéndole vacilar, exclamaba con suplicante acento:

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS Y SENTENCIAS

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado, ni guarda secreto, ni cumple palabra.—CERVANTES.

La conciencia es el primer libro de moral que poseemos, y es el que más debemos consultar.—PASCAL.

El trabajo es centinela de la virtud.—HOMERO.

La alegría del corazón conserva la edad florida; la tristeza seca los huesos.—SALOMÓN.

El honor es el primer sentimiento de la vida; admite todo lo que es grande, y rechaza todo lo que es bajo.—LIVY.

El honor es lo mismo que la nieve; una vez perdida su blancura, ya no puede recobrarla.—DUCLOS.

La virtud no teme la luz, antes desea siempre venir á ella, porque es hija de ella, y criada para resplandecer y ser vista.—FR. LUIS DE LEÓN.

ENTRETENIMIENTOS

ACERTIJO

Es mi nacer mi morir,
Y aunque sin cuerpo y sin alma,
A veces turbo la calma
De aquel que me llega á oír.
Mi misión es repetir
Lo que oigo á los demás;
Por eso sin más ni más
Causo tal miedo y pavor,
Que algún tonto ó soñador
Me toma por Satanás.

ROMPE-CABEZAS

(Remitido por D. A. Rosich.)

```

•   •   •   •   •
•   •   •   •   •
•   •   •   •   •
•   •   •   •   •
•   •   •   •   •

```

Llenar los puntos con nombres que, leídos vertical y horizontalmente, digan: en la primera línea, lo que se lleva en invierno; en la segunda, un objeto que sirve para dormir (con perdón de la ortografía); en la tercera, una de las cosas que se necesita para imprimir; en la cuarta, material que sirve para armas blancas, y en la quinta, una de las piezas de una casa.

CHARADA

Estaba un niño inocente
Haciendo dos repetida,
Porque creyó que el primera,
repetiéndola, venía;
Y no vino; pero en cambio
Vino un segunda con prima,
Que llevóle el vestido,
Huyendo después á prisas.
Y el padre, echando mi todo
De un riachuelo en la orilla,
Tan entretenido estaba,
Que nada de esto veía.

(Las soluciones en el próximo número.)

Soluciones del número anterior

Del acertijo.—EL CRÍMEN.

De la fuga de consonantes:

Para las manchas sacar
á la pana y á la lana,
la plancha basta pasar,
¿la pasarás, catalana?

Del cuadrado de palabras:

```

R  U  S  O
U  R  A  L
S  A  L  A
O  L  A  S

```

De la charada.—ABECEDEO.

Del geroglífico.—Cuatro veces cinco, veinte; y cinco veces veinte, ciento.

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

